

sas, puesto que cualquier lector de la Obra sabe quién y cómo era Juan Ramón Jiménez. Son muchos los aforismos inéditos, pero se mantienen dentro de la temática conocida gracias a los aparecidos anteriormente en diversas publicaciones. Es lógico que sea así, dado que la evolución ideológica del autor se sostuvo sin rupturas, dentro de los cambios de opinión y de gusto que impone el paso del tiempo sobre todos los conceptos.

En las cuestiones fundamentales poco varió la ideología juanramoniana. Fue así tanto por lo que respecta al desarrollo estético como al ético de su vida y de su escritura. El compromiso con la Obra le obligó a consagrarle la vida entera. El compromiso con su esposa la convirtió en musa y compañera eterna, exigiendo que el nombre de Zenobia permanezca unido al suyo en los dos lugares centrales de su existencia, la Casa-Museo de Moguer y la Sala del Recinto Universitario de Puerto Rico, al mismo tiempo que colocaba el nombre de ella en sus ediciones. El compromiso con los ideales democráticos le hizo morir en el exilio de su patria anhelada, llamando a su pueblo en los últimos momentos de su vida, a la vez que a su madre, por no aceptar una dictadura derivada de una guerra trágica.

Los cambios observables en él se refieren a detalles impuestos por la evolución biológica e ideológica, al ser la segunda consecuencia inevitable de la primera. De *Rimas* (1902) a *Animal de fondo* (1949) el adolescente se transformó en un anciano que mantenía su «Obra en marcha» hacia la muerte. El peso de la experiencia se deja sentir sobre la escritura en sucesión.

Y el paso del tiempo limpió y delimitó unas creencias, a la vez que afianzó otras. Hallamos conceptos que varían esencialmente en la Obra, como en ejemplo muy destacado sucede con la interpretación de la muerte. O en los años finales alcanzan su perfil exacto, como la idea del dios conciencia personal. Para conseguir tallar en su mente esas referencias fue necesario que la escritura experimentase diversos estadios sustanciales.

Los aforismos se convierten dentro de la Obra en confesiones y acotaciones que nos permiten seguir el desarrollo evolutivo de la lógica juanramoniana. Por eso resultan documentos imprescindibles para determinar la fundamentación de su autor a lo largo de su vida, en la que destaca sobre todo la escritura.

Pese a ello, es una faceta muy poco estudiada. Quizá se haya debido a la consideración de parcialidad impuesta

por unas ediciones muy limitadas, ya que era imposible hasta ahora seguir el hilo completo del pensamiento juanramoniano. Lo cierto es que el profesor Predmore sólo dedica un par de páginas escasas al análisis de los aforismos cuando estudia la prosa juanramoniana⁵. Más largo y profundo es el examen del profesor De Cesare, aunque se pone voluntariamente límites al establecer una comparación con las ideas de Rilke, lo que le obliga a parcelar demasiado su tesis⁶. Por exigencias de exactitud bibliográfica citaremos nuestros tres prólogos a otras tantas ediciones de aforismos juanramonianos⁷.

Tampoco el profesor Sánchez Romeralo intenta una teoría de la aforística recopilada por él. En la introducción a *Ideología* se esfuerza por concretar el estado de la cuestión en que se hallaban las ediciones de los aforismos y de los papeles inéditos en las 14 páginas primeras, que van seguidas por anotaciones bibliográficas. Sólo subrayamos su explicación de lo que son esos aforismos, «ideas líricas, acotaciones, notas, además de pensamientos y sentimientos, y de impresiones, confesiones, juicios, réplicas y recuerdos, una heterogénea y mezclada realidad» (p. XVIII).

Colección de ideas

Según el *Diccionario de la lengua española* elaborado por la Academia, el aforismo es una «sentencia breve y doctrinal que se propone como regla en alguna ciencia o arte». Los aforismos juanramonianos no quedan acogidos a esta definición, porque no suelen proponer reglas, sino que muy a menudo expresan un pensamiento o un sentimiento, con mucha frecuencia, de carácter lírico. Siendo así no tendríamos que seguir calificando estos escritos como aforísticos; sin embargo, puesto que el autor

⁵ Michael P. Predmore, *La obra en prosa de Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Gredos, 1966, págs. 176 y s.

⁶ Giovanni Battista de Cesare, *Specchio nell'ombra* (Un itinerario per la lettura di Juan Ramón Jiménez), Roma, Bulzoni, 1978, capítulo «Sugli aforismi degli anni 1914-1932 (Jiménez e Rilke: affinità a distanza)», págs. 43 a 72. Por cierto que su comentario al ensayo de Predmore no puede ser más descalificador.

⁷ Juan Ramón Jiménez, *Autobiografía y artes poéticas*, Mujer y hombre, *Autobiografía y autocrítica, con prólogos de Arturo del Villar*, Madrid, Los Libros de Fausto, 1981, 1983 y 1985, respectivamente. Los estudios prologales se titulan «Del amor a la belleza», «El compromiso de ser poeta» y «Juan Ramón en sus razones bellas».

y sus críticos opinan que lo son, y conocido el poco respeto de Juan Ramón a los hombres que escriben diccionarios, aceptaremos que lo sean.

Al ser Juan Ramón Jiménez poeta esencial, toda su Obra es poética, y en consecuencia sus escritos ofrecen dificultades clasificatorias y calificatorias. Un pensamiento suyo era lírico, así como un poema podía ser metafísico. Pero se trata de un caso excepcional en la literatura española, de un hombre consagrado plenamente a la realización de su Obra como justificación de la vida y confirmación de la supervivencia tras la muerte física.

Los aforismos permiten escrituras muy diversificadas. El místico Juan de la Cruz los utilizó para componer sus *Dichos de luz y amor* como sistema de perfección religiosa. A Kierkegaard le sirvieron para ver de encauzar sus dudas existenciales. Por su parte, Nietzsche exaltó la voluntad de poder mediante sentencias encadenadas, y afirmaba por boca de Zaratustra: «El que escribe aforismos con su sangre no quiere que los lean, sino que los aprendan de memoria».

Al agrupar Juan Ramón sus aforismos bajo el título de *Ideología* señalaba claramente su carácter de colección de ideas. Fueron efectivamente ideas sobre todos los temas posibles las que movieron su escritura en prosa y en verso, lírica y crítica. Ideas que le sirvieron para establecer una ética y una estética vitales y artísticas.

Una idea aparece en la mente humana de forma repentina, y lo mismo puede afianzarse en ella que ser olvidada en seguida. A partir de una idea es factible desarrollar un tratado científico o crear una obra artística. Juan Ramón anotaba la idea, entendida en el más amplio sentido, y la dejaba estar, pendiente de las correcciones que estimase oportunas para aumentar su exactitud.

Precisamente una de sus obsesiones literarias consistía en depurar la escritura hasta librarla de todo lo sobrante, para que contuviera una expresión exacta. En su opinión, la escritura concisa era la más adecuada para vehicular sus ideas; también la consideraba más difícil que la ampulosa o recargada, puesto que en este caso los adornos disfrazan incluso la falta de ideas. Así lo expone el aforismo 3.392: «Escribir largo, ancho y seguido (tendido) es mucho más fácil (lo pueden intentar todos los que lo duden) que escribir breve, corto y aislado (separado)».

El aforismo siguiente establece una distinción entre las ideas del verso y las de la prosa, entendiendo por tales aquellas que facilitan la escritura: «Las ideas en el verso, que es canto, han de ser fatalmente más aladas e intuitivas que en la prosa, que es cuento». De modo que las ideas poseen un ritmo interior, y se diferencian por él en su tendencia a la escritura. Es una apreciación personal que se basa en la experiencia del primer poeta español de su tiempo, luego ha de ser aceptada sin duda.

Sin embargo, nos dice él mismo que el sentir y el pensar necesitan complementarse para ser exactos, de modo que cada uno de ellos por separado pierde la mitad de su sustancia: «Hay que sentir agudamente las ideas, meditar despacio los sentimientos», afirma el aforismo 1.538, así como el 2.475 confirma: «Hay que sentir profundamente la idea, pensar con agudeza el sentimiento».

Pensar y sentir han de hallarse en convivencia sobre la escritura de un poeta. Las ideas deben exponerse bellamente, pero sin aditamentos innecesarios.

Exactitud de lo breve

Otro motivo de que eligiese la escritura aforística para comunicar su ideología se halla en su predilección por la brevedad en todas las manifestaciones artísticas. Enlazando con su teoría de la interrelación entre pensamiento y sentimiento se añade otra reafirmatoria de la conveniencia de limitar su amplitud expresiva. Lo aduce el aforismo número 2.823: «Cada día estoy más convencido de que la poesía, el arte en jeneral, no puede ser más que pensamiento y sentimiento espresado en la forma más auténtica, más abreviada y más exacta. Y que lo desmedido no es más que indijencia, pereza y torpeza».

Fue precisamente el afán de exactitud la causa de que sometiera a constantes revisiones toda la Obra. También lo fue de que no sistematizara sus opiniones en un tratado sobre literatura, o de que no culminase la tarea de redactar su autobiografía, de la que dejó varios capítulos breves aislados, lo mismo que en torno a sus convicciones estéticas. Y en el conjunto de su obra en verso hay muchos poemas cortos, escritos especialmente entre 1915 y 1936, que son de gran intensidad comunicadora.

Es cierto que existen excepciones muy notables. En primer lugar, sus largos y hondos poemas *Espacio* y *Tiempo*,

cada uno tan amplio como para constituir un libro. Asimismo, las conferencias y lecciones universitarias ocupan el espacio que suele deberse a una cortés hora de atención, aunque permanecen lejos todavía de lo que habitualmente se considera un libro.

Al leer *Ideología* entendemos que le bastaba el chispazo de un pensamiento sentido para considerar completa su estructura literaria. De modo que confesó en el aforismo 3.320: «El ensayo, el poema, la música largos y anchos están de más para mí». Queda muy claro lo que quiere decir, y muy brevemente dicho. No juzgaba necesario añadir otros datos a la esencia de su concepto.

En los aforismos se hallan las mismas diferencias de tamaño que en los demás géneros literarios componentes de la *Obra*. Abundan los cortos, pero no faltan los largos, a pesar de esa reiterada predilección por la brevedad. Algunos son minúsculos: «Color de naturaleza» (número 1.111), «Hoy lo de hoy» (1.390), «Nunca copiarlos» (1.559), «Luz y temple» (3.711), etc. Otros son más largos, sobrepasando incluso una página, casi siempre escritos en los últimos años de su actividad literaria.

Volvemos a plantearnos si es lícito considerar aforismos a estos escritos extensos, en los que expone su opinión acerca de la creación estética o su creencia en un dios conciencia personal ajeno a las religiones conocidas. Más bien son comentarios sueltos que si se agruparan según determinado orden conseguirían estructurar a veces un ensayo en torno a una cuestión predominante.

Se parecen a los apuntes que dejó Pascal destinados a escribir un tratado que la muerte le impidió redactar, y que fueron publicados como *Pensées sur la religion*. Si estos escritos juanramonianos se agrupasen por temas, también sería posible ponerles títulos como «pensamientos sobre la religión» o «pensamientos sobre la sociedad humana», entre otros muchos.

No faltan textos que serían intercambiables con los llamados por el poeta *Cuentos largos*, proyecto de libro que no consiguió finalizar, y del que se han editado varias selecciones. Paradójicamente, acoge relatos muy cortos, y el prólogo explica la necesidad de comprender «que nada tiene tamaño, y que, por lo tanto, basta lo suficiente»⁸. Leamos el aforismo número 4.061:

—¿Vamos a jugar a cambiarnos los nombres?, oí decir a una niña que jugaba con otra.

—Sí, yo me llamaba Leonor.

—Bueno, Leonor, yo, Consuelo. Tú habías venido a verme y yo estaba tan cansada. ¿Por qué no te vas?

Este texto dialogado cabe perfectamente entre los destinados a formar parte de *Cuentos largos*. Por el contrario, no se ajusta a la definición de aforismo copiada antes. Este ejemplo, uno de los muchos que pueden ponerse, confirma la unidad sucesiva de la *Obra*, señalada por su propio autor.

Cerca de ese aforismo hay otro, el número 4.058, que se compone de catorce fragmentos separados, cada uno de los cuales está dispuesto para ser un solo aforismo. Sin embargo, Juan Ramón enlazó en este caso las catorce ideas hasta integrarlas en un solo escrito. He aquí algunos de esos fragmentos, como demostración de su distanciamiento y capacidad para segregarse oportunamente del conjunto sin menoscabo de su identidad: «Para ser uno el mundo se come a sí mismo. [...] El salvaje es un verdadero poeta y un verdadero científico. [...] ¡Amor! ¡muerte, muerto, tanto como vida, vivo!». Son el comienzo, el medio y el final de lo que tendríamos que considerar un aforismo en sucesión.

Sabemos que el autor está en su derecho de ordenar su escritura como le parece más adecuado. Y Juan Ramón Jiménez nos tiene hechos a las sorpresas: precisamente por eso nos interesa tanto. Ahora bien: no debe olvidarse que los libros póstumos están preparados por sus estudiosos, procurando casi siempre la mayor fidelidad a los planes expuestos alguna vez por el poeta. Pero no se trata de ediciones preparadas y corregidas por él, que tampoco serían definitivas, aunque al menos señalarían una intención clara de ordenamiento.

Comprendemos el esfuerzo sobrehumano del hombre llamado Juan Ramón Jiménez por adecuar vida y escritura, identificándolas y manteniendo a la segunda en pleno desarrollo como la primera. Lo reconoce en el aforismo 3.429: «Mientras yo viva, mi obra poética será como un mar en movimiento y en cambio. Cuando yo muera, quedará como un mar paralizado». Paralizado para el autor, pero en traslación todavía para sus estudiosos.

⁸ Juan Ramón Jiménez, *Historias y cuentos, selección e introducción de Arturo del Villar*, Barcelona, Bruguera, 1979, pág. 137.